

de un peral, y estribando en la pierna izquierda, con la punta del pie derecho describía semicírculos sobre la hierba. Al alcanzarla su tío, no dijo palabra; suspiró con resignación, y siguió andando con menos ímpetu, pero sin hacer caso del forastero.

Dejado atrás el huerto, pisaron la linde del bosque, alfombrada por las panojas amarillentas de la flor del castaño, que empezaba á desprenderse aquellos días y había impregnado el aire de un olorcillo que, sin ser embriagador perfume, tiene algo de silvestre, de fresco, de forestal, de húmedo y refrigerante, por decirlo así, encantador para los que han nacido ó vivido largo tiempo en la región gallega. No pecaba el soto de intrincado; como más próximo á la casa, había sido plantado con cierto orden y simetría, y los troncos de sus magníficos árboles formaban calles en todas direcciones, aunque los obstruyese la maleza, dejando sólo relativamente limpia la del centro, atajo que solían tomar los peatones que descendían de la montaña para llegar á los Pazos más pronto. El ramaje era tan tupido y formaba tan espesa bóveda, que sólo casualmente le atravesaba la claridad solar, engalanándolo con una estrella de oro de visos irisados, trémula sobre la cortina verde. Manolita andaba y andaba, pero más despacio ya, con el involuntario recogimiento que produce la frescura y la obscuridad de un bosque. Gabriel emparejó con ella, y señalándole el repuesto y solitario lugar y la mullida hierba, le dijo:

—¿Vamos á sentarnos un poco? Esto está en vidiable.

—Bien—contestó lacónicamente la muchacha, siempre con la misma agrazón en el acento y el gesto; y se tumbó como de mala gana en el blando tapiz.

XVI

CORTEZUDA es la pobrecilla!—pensaba Gabriel, mientras su sobrina callaba, arrancando uno tras otro los pétalos de una flor silvestre. La flor, que era una margarita, le contestó—mucho—pero la muchacha, que nada tenía de romántica, no le había preguntado cosa alguna.

—Manuela (esto ya iba dicho en voz alta y con dulzura y ansiedad) dispénsame que te haga una pregunta. ¿Estás así, incomodada y de mal humor, por culpa mía, por tener que acompañarme? Mira, dímelo francamente, porque... no tendrá nada de particular, ¿sabes? Lo que se dice, nada. Un pariente forastero que llega ayer, llovido del cielo; á quien tú no has visto jamás ni probablemente oído nombrar dos veces en toda tu vida; que no conoce tus gustos y costumbres, ni tú las de él... más viejo... mucho más viejo que tú; y que va tu padre y te manda que... le acompañes, ¿no es eso?

Hija, comprendo, comprendo perfectamente que reniegues de mí.

Manuela bajó los ojos, que tenía clavados en el ondeante pabellón de las ramas, y miró á su tío, primero con cierta sorpresa, después con atención. Gabriel, habiéndose quitado los guederos, concentraba en sus expresivas pupilas toda la vida de su espíritu.

—Como lo comprendo, no pienses que me he de enfadar contigo... Lo que te dije antes, cuando te pedí que comieses las ciruelas, fué pura broma. Yo no me enfado por sentimientos naturales y cosas propias de la edad; además, nada que venga de tí puede enfadarme, niña. Tú puedes hacer de mí lo que quieras.

—¿Por qué?—preguntó la montañesa, cuya negra pupila se dilató de asombro.

—Porque eres un ángel, y los ángeles no ofenden á nadie... y porque aunque fueses un diablillo, yo... te querría, ¿sabes? Lo mismo que te quiero... con toda el alma... ¡con toda el alma!

Fué dicha la frase con tan sabrosa mezcla de calor y galantería, de ternura paternal y fuego profano, que Manuela se sintió poco á poco enrojecer desde la punta de la barbilla hasta la raíz del cabello, y su infalible instinto femenino le dijo que había allí *algo* inusitado, algo distinto de lo que podía decir un tío á una sobrina en el fondo de un bosque. Y otra vez se juntaron sus cejas, y su boca de finos labios adquirió expresión severísima.

—Tu madre—añadió Gabriel como para atem-

perar el encendimiento de sus palabras—fué mi hermana del corazón, y he conservado de ella tal memoria, que sólo por ser tú hija suya, besaría la tierra que pisas... ¿Te ríes, chiquilla? Pues verás como lo hago, ahora mismo.

Y sin más preliminares, Gabriel, que estaba recostado un poco más abajo que la niña, se volvió, llegó el rostro á las hierbas en que el pié de ésta reposaba, y aplicóles un sonoro beso.

La gravedad de la montañesa se disipó como el humo. Ver á aquel señor, tan elegante, tan fino, tan formal, que aunque no era precisamente viejo, parecía "persona de respeto", y que sin más ni más besuqueaba el suelo delante de ella, le arrancó una viva y sonora carcajada. Gabriel le hizo coro.

—¡Gracias á Dios que te veo reír!—dijo al disiparse el primer alborozo.—¡Gracias á Dios! Todo lo que sea no estar con aquella cara de juez de antes, me gusta. A tu edad se debe reír... es lo natural. ¡Qué contento me da verte así! Sobrina mía... te declaro solemnemente que eres muy bonita cuando te ríes. (Ya lo sabía la niña, y aunque montañesa, no ignoraba que al reír se le ahondaba un par de graciosos hoyos en las mejillas, y se lucían sus dientes, que en lo blancos y parejos afrentaban á los piñones). Por lo demás—siguió Gabriel—á mí, como te quiero, me pareces siempre muy linda... Sí, sobrinita. Antes de verte ya me gustabas...

—¿Antes de verme?—interrogó la chiquilla con serenidad burlona, enjugándose con las yemas de los dedos dos lágrimas de risa.

—Antes. ¿De qué te pasmas? ¿Te acuerdas tú de tu mamá?

—No... ¡Era yo tan *cativa* cuando se murió la pobre!

—Y, ¿cómo te la figuras tú? ¿Fea ó bonita?

—¡Qué pregunta! Ya se sabe que bonita.

—Pues... lo mismo me pasaba á mí contigo antes de verte. Ea: ¿están hechas las paces? ¿Somos amigos?

—Sí, señor—respondió Manuela entornando los párpados.

—¿No estás disgustada por tener que acompañarme?

—No, señor...

—Sí, señor; no, señor... ¡Ay, ay, ay! ¡Qué sonsonete! Mira que si me enfado... te hago reír otra vez. Ya que no quieres tutearme... al menos, no me digas *señor*: dime *Gabriel*, que es mi nombre.

—¿Tío Gabriel?

—Bueno; *tío Gabriel*, si así te parece que te podrás ir acostumbrando á llamarme *Gabriel* á secas. Y ahora, que ya estamos con más confianza (*Gabriel* apoyó el codo sano en el suelo, y se reclinó cómodamente), vamos, dime por qué estabas de mal humor conmigo esta mañana.

—Porque...—Manuela iba sin duda á soltar un secreto formidable; pero de pronto sus labios se cerraron, sus ojos vagaron por el suelo, y murmuró enérgicamente:—Por nada.

—¿Por nada?

—Por... porque, hablando francamente, era

mejor que papá le acompañase; yo no soy quién para entretenerlo ni darle conversación. Bonita diversión la que saca de estar conmigo. ¿De qué le he de hablar? Por eso me dió rabia que papá discursiese mandarme á papar moscas con V.

—Montañesita, eso que vas diciendo sí que es una chiquillada. No sólo me distrae tu compañía, sino que la he solicitado. ¿De dónde sacas tú que no tenemos de qué hablar? ¡Miren la muñeca! Vaya si tenemos: y tanto, que no se nos acabará en muchísimo tiempo la conversación. Podremos estar charlando una semana, y otra, y otra, y tener siempre cosas nuevas de qué tratar.

Enarcó Manuela las cejas, entreabrió los labios, redondeó los ojos, y se quedó como asombrada mirando al artillero.

—¿No lo crees?—dijo éste, que iba cortando con mucho primor, de una uñada, tallos de gramineas, y reuniéndolos, sin duda con ánimo de formar un ramillete.

—No, señor... tío Gabriel. Porque... yo soy una infeliz que me he criado aquí, entre los tojos, como quien dice, y V. anduvo mucho mundo, y corrió muchos pueblos, y sabe todo... Conmigo se tiene que aburrir, ¿eh?, aunque por darme jarabe diga eso. Otra le queda.

—¡Ay, chiquilla! Te engañas de medio á medio. Pues si justamente te necesito: si me haces muchísima falta para explicarme, y enterarme, y ponerme al corriente de un sinnúmero de cosas importantísimas, en que eres tú maestra, y yo no sé ni el *a, b, c...*

—Vaya, vaya, vaya—canturreó la niña con su marcado acento del país.

—No hay vaya, vaya, que valga—murmuró Gabriel remedándola tan jovialmente, que no había modo de enojarse por la parodia.—Sí, señora. Se lo digo á V. formalmente, con toda la formalidad que cabe en un comandante de artillería. Mira, hijita, por lo visto tú eres como Santo Tomás: ver y creer. Así es que te diré cuáles son esas cosas en que eres una sabia y yo un borrico. Son... las cosas de por aquí, del campo.

—¿Del campo?

—Cabales... Atiéndeme... Yo me he criado en un pueblo, he estudiado en otro, he vivido en varios, y no he estado en lo que se llama *campo*, sino en el *campamento*, que es muy diferente... Allí mira uno la tierra desde el punto de vista de cómo podrá, abierta en trincheras, servir para resguardarse del enemigo... y las montañas que yo he visto y recorrido, ¿sabes lo que buscaba en ellas? Un punto estratégico en que situar una batería... para santiguar desde allí á cañonazos á los carlistas.

Inclinóse la montañesa hacia su tío, revelando en sus ojos brillantes, en su respiración agitada, el interés con que infaliblemente escucha la mujer toda historia en que juega el valor masculino.

—¿Estuvo en muchas batallas?—preguntó mostrando gran curiosidad.

—En unas pocas... pero no batallas campales y en grande, hija mía, como esas que tú habrás

visto pintadas ó te habrás representado en la imaginación; fueron encuentros parciales, tomas de fortines, asaltos de trincheras, escaramuzas, tiroteos de avanzadas...

—¿Y muere gente en eso como en lo otro?

—¡Ah! Morir, sí, lo mismo; en proporción, quizá sea más peligroso... Allí ve uno muy de cerca el brillo de las bayonetas y los machetes, y la boca de los revólveres.

—¿Y á V.... le hirieron? ¿Le hicieron daño?

—Sí, á veces... Rasguños.

—¿En dónde? ¿Aquí?—exclamó la chiquilla alargando su dedito moreno hasta rózar con él la mejilla de su tío, el cual se estremeció dulcemente, como si le hiciese cosquillas una de las delicadas gramíneas que cortaba.

—No...—dijo sin ocultar el estremecimiento...—Esto fué la explosión de un poco de pólvora que se me quedó embutida debajo de la piel...

—¡Ay! Me ha de contar cómo fué. No..., pero antes las batallas.

Gabriel se incorporó quedándose sentado en la hierba, con las piernas estiradas y el haz de gramíneas en la mano. Habíalas verdaderamente airosas y elegantes, montadas en tallos como hilos; sus menudas simientes pajizas temblaban, bailaban, oscilaban, se encrespaban y bullían como burbujas de aire moreno, como gotas de agua enlodada; algunas semejaban bichitos, chinches; otras, como la *agrostis*, tenían la vaporosa tenuidad de esas vegetaciones que la fina punta del pincel de los acuarelistas

toca con trazos casi aéreos, allá al extremo de los países de abanico: una bruma vegetal, un racimo de menudísimas gotas de rocío cuajadas. Con aquel fino puñado de hierba, Gabriel acarició la cabeza trigueña de su sobrina, diciendo con una explosión de alegría casi infantil:

—¡Ah, pícara... pícara! Ves cómo tenemos de qué hablar... y nos sobra. ¿Lo ves, lo ves? Yo te cuento guerras y catástrofes como esta de la pólvora que se me metió entre cuero y carne, y muchas cosas más que me han pasado; y tú...

—¡Bah! No haga burla, no haga burla... Ya se sabe que yo no puedo contar nada que valga dos nueces.

—Que sí, mujer... Más que yo; doscientas veces más. Tú eres una doctora y yo un ignorantón.

—¿Con tanto como estudió?

—En los colegios, hija mía, nos enseñan cosas muy raras y estrañalarias, que andan en libros... y mira tú, lo bueno es que allí se quedan, porque luego, en la vida, no se las vuelve uno á encontrar ni por casualidad una sola vez. Pues sí... ¡tú vas á reírte de mí cuando veas lo tonto que soy! No diferencio el trigo del centeno...

La montañesa soltó una carcajada fresquísimas.

—No he visto nunca moler un molino... El único en que estuve lo tomamos á cañonazos: era un molino en que se habían hecho fuertes las gentes del cabecilla Radica... Ya te figurás que no molía entonces...

Redobló la carcajada de Manuela.

—Tampoco he visto segar... Ayer me enteré de que hacéis unas cosas que se llaman *medas*, que son como una pirámide de haces de mies... y eso porque te vi encaramada encima como un loro en su percha...

Ya no era risa; era convulsión lo que agitaba á Manuela, obligándola á echarse atrás, á recostarse en el tronco del castaño para no caer... Con una mano, á la usanza aldeana, se comprimía la ingle, y con otra se tapaba la boca y la nariz, pero entre sus dedos rezumaban y salpicaban chorros de risa que, por decirlo así, caían sobre el rostro del artillero.

—¡Ay... ay... que me muero... que no puedo más!... —decía la chiquilla. —¡Ay... por Dios... no diga tontadas así!...

Sonreíase él, contento del efecto producido, haciendo girar entre pulgar é índice el fino tallo de una gramínea, que por el volteo acelerado parecía una rueda de dorada niebla. Paróse, al ver un insecto semejante á una media bola de coral pulido, con pintas de esmalte negro, que le había caído sobre el dorso de la mano y allí permanecía inmóvil.

—Ahí tienes—murmuró dirigiéndose á su sobrina, que, pasado el espasmo, se había quedado como aturdida, con dos lágrimas que le asomaban al canto de los lagrimales—mira si es verdad lo que tanto te hace reír, que ahora me veo en el apuro de ignorar qué fiera es esta que se me ha domiciliado en la mano.

—¿Esa?—balbució la niña como saliendo de un letargo—es una *mariquita de Dios*.

—¿Y por qué se está tan quieto este bicho divino?

—¿Quiere que vuele? Yo la haré volar en seguida.

—¿Pinchándola? No. Mira que yo, aquí donde me ves con estas barbas, no puedo sufrir que se lastime á ningún animal.

—¿Piensa que yo soy un verdugo? Verá cómo vuela sólo con hablarle.

Y la niña, acercándose tanto á la mano de su tío que éste sintió el húmedo calor y la frescura de su sano aliento, murmuró misteriosamente:

—*Mariquiña, voa, voa, que ch'ei de dar pan é ceboa.*

A las primeras sílabas del conjuro el insecto se bullió; á las segundas removi6 sus patas, que parecían hechas de cabitos cortos de seda negra; á las terceras entreabrió las alas de coral, descubriendo debajo otras de gasa, de sombra irisación, que tenía replegadas como las alas membranosas del murciélago; y antes de que terminase la fórmula cabalística, alzó el vuelo rápidamente y se perdió en el aire.

—No he visto en los días de la vida animal más bien mandado—observó Gabriel un tanto sorprendido.—¿Obedecen así los demás bicnarracos?

—¿Los demás? ¡Buena gana! Si fuese una avispa y le clavase el aguijón... ya vería si obedecen ó no.

—¿De modo que los bichos más dañinos son las avispas?

—¡Uy! Otros son peores. Hay los de cuatro

patas... Raposos y lobos; allá en lo más alto de la sierra, jabalíes; la marta, que se come las gallinas; el *miñato*, que mata las palomas... Pero á mí esos animales fieros no me dan cuidado ninguno; me gustaría ir con los cazadores cuando dan la batida á los lobos, que debe de ser precioso; pero á lo que tengo miedo es á... los perros rabiosos, en este tiempo del año. Dice que cuando muerden, para que uno no se muera, hay que quemarle con un hierro ardiendo el sitio donde dejan la baba... ¡ih, ih, ihhh! (Manolita se estremeció, subiendo los hombros como si tuviese frío.)

—¡Qué nerviosa es!—pensó para sí Gabriel, el cual, en medio de la embriaguez que le producía el ver á la niña tan domesticada ya y entretenida en tan familiar y afectuosa plática, no dejaba de estudiarla, recordando que tenía que hacer con ella oficio de padre, de maestro, y aun quizá de médico; tierno protectorado, acaso lo más dulce y atractivo de la obra de caridad que su corazón emprendía.—Al mismo tiempo—calculó mirando la coloración trigüeña, encendida y melada del rostro de su sobrina—hay sangre generosa y roja... Me gusta que tenga nervios: ¡por el camino de los nervios se puede conseguir tanto de la mujer!

Aún charlaron algo más antes de volver á los Pazos á la hora de la comida. Al atravesar el bosque, pudo ver el comandante que los nervios de su sobrina reposaban en ocasiones que alborotarían los de una señorita madrileña. Allá en lo más oscuro y enmara-

ñado del bosque, notó Gabriel un roce entre las hojas, algo parecido al cimbrear de una vara verde; y al punto mismo vió pasar á dos dedos de sí, con el espinazo arqueado y enhiesto, arrastrado el pecho, la plana cabeza erguida, una gruesa culebra: distinguíase la blanca azulada de su vientre. Sería como la muñeca de un niño, y mediría de largo vara y media. Gabriel quedó fascinado, sintiendo el frío que causa la presencia de los reptiles. Manolita en cambio se bajó, y escudriñando entre las hojas caídas y la maleza, blandió triunfalmente un objeto amarillento, larguirucho, diáfano, que parecía hecho de papel de seda untado con aceite, por encima imbricado de escamas, por debajo plegado en pliegues horizontales; un andrajo orgánico, que aún parecía conservar la flexible curvatura del tronco que momentos antes revestía.

—¡La camisa de la culebra!—gritaba entusiasmada Manola.—¡La ha soltado ahí la bribonaza! ¡Vestido nuevo, que estamos en tiempo de feria! ¡Ah maldita! ¡Si yo tuviese una piedra con que *esmagarte* de los sesos!... Mire, mire, mire—exclamó metiéndosela á Gabriel casi por los ojos:—mire la hechura de la cabeza, mire la boca, mire los ojos... ¡como se conocen los ojos!

—¿La llevas?—preguntó Gabriel viendo que se la arrollaba á la muñeca.

—¡Toma! Para enseñársela á Perucho.

XVII

DESPUÉS de comer, transcurrida la hora sagrada de la siesta, Gabriel sintió otra vez llamar á su puerta, no con los nudillos y desdeñosamente como por la mañana, sino con el batir imperioso de una manecita, que manifiesta cierta cordialidad y deseo de ver pronto á la persona que busca. Saltó el comandante del canapé en que se había recostado, más á leer que á dormir. Como todo hombre de hábitos intelectuales, Gabriel, al llegar á los Pazos, había buscado algún alimento del alma, alguna lectura: el obsequioso Gallo le había ofrecido sus periódicos (el señor los leía también al día siguiente); pero Gabriel, recordando haber visto por la mañana en el archivo un armario estantería, donde encima de las oscuras encuadernaciones de antiguos libros relucía algún filete de oro, terminada la comida se fué allá. Al abrir las puertas, forradas, en vez de vidrios, de rejilla de alambre, salió una tufarada de moho, de polvo, de humedad; cenicientas polillas huyeron despavoridas de su refugio predilecto. No se arredró; fué sacando volúmenes. Cada libro que abría era un depósito de larvas, una red de túneles abiertos por el dien-